



Dan Jørgensen

Comisario europeo de Energía

El humorista estadounidense Will Rogers observó que en el mundo hay tres tipos de personas: las que aprenden a través de la lectura; las que aprenden mediante la observación, y las demás, que solo aprenden a fuerza de meter los dedos en el enchufe.

En Europa, hemos estado aprendiendo por las malas.

La invasión rusa de Ucrania y las perturbaciones que trajo consigo dieron una auténtica sacudida a nuestro sistema energético. De forma más reciente, el conflicto en el Golfo ha causado una nueva conmoción. Gracias a su experiencia con la crisis energética de 2022, Europa estaba mejor preparada. Pero el hecho indiscutible es que seguimos estando expuestos a perturbaciones externas. Desde el inicio del conflicto, la UE ha gastado, en comparación con el mismo período del año pasado, más de 100.000 millones de euros adicionales en la importación de petróleo y de gas. No solo estamos aprendiendo a base de errores, sino también a base de talonario.

La lección no puede estar más clara: tenemos que liberarnos de las importaciones de combustibles fósiles en la mayor medida posible y lo antes posible. Cuanta más energía limpia produzcamos -a partir de fuentes autóctonas como las energías renovables, la energía nuclear y la energía geotérmica-, más bajas serán nuestras facturas. Y, de paso, también reforzamos nuestra seguridad energética, reducimos nuestras emisiones y consolidamos nuestra independencia energética.

Así pues, este es el rumbo que vamos a tomar. El año pasado, añadimos 89 gigavatios de energía renovable a nuestro sistema energético. Un gigavatio basta para abastecer de

electricidad hasta a un millón de hogares. Y, por primera vez en su historia, la UE produjo más electricidad a partir de energía solar y eólica que a partir de combustibles fósiles. En suma: una mayor proporción de nuestra energía es “fabricada en Europa”, lo que disminuye nuestra dependencia de las importaciones de combustibles fósiles. Desde 2022, hemos reducido significativamente -aproximadamente en un 17%- nuestro consumo de gas.

Pero no se trata solo de cómo generamos electricidad en Europa, sino también de cómo la ponemos en común. A lo largo de las últimas décadas, los países de la UE han conectado sus respectivos mercados de la electricidad en un grado inédito en otras partes del mundo. De tal forma, les resulta mucho más fácil prestarse apoyo mutuo y compartir sus suministros en momentos de apuro,

así como comprarse y venderse electricidad al mejor precio.

Estos avances han consolidado los cimientos de nuestro sistema energético. Pero ¿podrán resistir al embate de estos tiempos de incertidumbre? Estoy convencida de que podrán, y de que resistirán, siempre que nos atengamos a una estrategia cohe-

rente. Tener buenos planes y asumir compromisos es tan solo un primer paso que debe ir seguido de una aplicación efectiva sobre el terreno. La responsabilidad de dar este siguiente paso recae en numerosas partes: desde la Comisión Europea y los Estados miembros hasta las regiones y las empresas.

En primer lugar, al tiempo que seguimos ampliando nuestras fuentes de abastecimiento energético internas, debemos también seguir diversificando las externas. Durante muchos años, e incluso décadas, dependimos de Rusia para el 40% de nuestras importaciones de gas natural. En la actualidad, esta cifra se ha reducido a un poco más del 10%, y pronto se reducirá a cero, porque hemos prohibido toda importación de gas ruso e incorporado esa prohibición a la legislación de la UE.



ISTOCK

Según vamos cerrando el grifo de la energía rusa, vamos abriendo las puertas a un espectro más diverso de proveedores fiables. Proveedores que, además, saben que nosotros somos compradores fiables. La UE abandera el libre comercio: nuestro mercado es equitativo y estable y está abierto a la empresa. Además, a medida que el comercio de energía va trascendiendo de la mera compraventa de petróleo y gas, Europa se afana por diversificar sus fuentes de energía mediante una expansión progresiva de la electricidad y los nuevos vectores de energía limpia.

En segundo lugar, un sistema energético se compone de numerosos agentes de todo tipo, del ámbito tanto público como privado. Esta circunstancia podría dar lugar a intereses divergentes, pero en Europa actuamos como un equipo. Los Estados miembros se coordinan estrechamente para establecer procedimientos de emergencia y activar el uso de las reservas de petróleo y gas. Las empresas europeas también desempeñan un papel clave: son muy activas en los mercados mundiales, lo que les permite surtirse de la energía que necesitamos al mejor precio. Además, Europa es atractiva para los inversores, quienes valoran nuestra estabilidad y nuestra previsibilidad.

Por eso, en los últimos años, han llovido las inversiones en la infraestructura energética de la UE: desde 2023, las energías renovables han atraído la mayor cuota de inversiones privadas en infraestructuras europeas, llegando hasta 150.500 millones de euros en 2024, lo que representa un crecimiento de más del 150% desde 2020. Mantener esta fructífera cooperación entre todos los agentes de nuestro sistema energético será vital en los próximos años: en pocas palabras, trabajamos mejor cuando trabajamos juntos.

Por último, nos toca entrar en una nueva fase de nuestra transición limpia: la fase de aceleración. Con tal fin, estamos reforzando la red energética europea, reduciendo los plazos de espera para los proyectos de energía limpia, consolidando las conexiones transfronterizas y mejorando nuestra planificación de la red. Al mismo tiempo, estamos trabajando para electrificar la economía de la UE, de forma que nuestros hogares, industrias y modos de transporte puedan beneficiarse de la energía barata y limpia que estamos generando. Para respaldar nuestros recursos renovables con una carga base fiable, podemos apoyarnos en el parque nuclear existente mientras avanzamos hacia la próxima generación de energía nuclear. Al reforzar la colaboración de la UE en tecnologías emergentes, como los reactores modulares pequeños y la fusión, podemos situar a Europa en la cúspide del progreso nuclear.

En los próximos meses, expondremos nuestra visión del sistema energético de Europa para la próxima década. Al establecer objetivos concretos para las energías renovables, la eficiencia y la electrificación con el horizonte de 2040, podemos invertir en nuestro sistema energético con un sentimiento de confianza y un rumbo común.

Este rumbo común no solo nos conducirá hacia la neutralidad climática, sino que, además, aumentará nuestra competitividad económica y nuestra independencia energética. La enseñanza fundamental que podemos extraer de nuestras pasadas crisis es la siguiente: la transición energética y la seguridad energética van de la mano. Si aprendemos bien esta lección, podremos evitar futuras perturbaciones de nuestro sistema.